

# **El Diccionario Esencial de la Lengua Española**

**Marco Martos Carrera**

Estimados amigos:

Esta noche traigo el saludo de la Academia Peruana de la Lengua y de la Asociación de Academias a todos ustedes, nuestro agradecimiento a la Editorial Planeta que ha publicado el Diccionario Esencial, y por supuesto, a los maestros Martha Hildebrandt y Luis Jaime Cisneros, colegas de la Academia Peruana de la Lengua.

En muchas de nuestras casas, nos recuerda el lingüista mexicano Luis Fernando Lara, los libros forman parte de aquello que amamos, una edición de Homero, otra de El Quijote, otra de Shakespeare, y unos pocos, o centenares, o miles de libros más; entre ellos, el diccionario que tiene un lugar aparte, y que, por decirlo así, forma parte del mobiliario. Acudimos a él para consultar significados de palabras que no conocemos o que deseamos corroborar. Lo utilizamos de manera funcional y luego vuelve a un lugar conocido por todos. Lo usamos para entender palabras en otros idiomas, pero más frecuentemente para dudas en nuestra propia lengua. Bien se dice que se acaba nunca de entender aquello que creemos conocer más. Por eso, editar, distribuir y publicitar un diccionario es una de las tareas más gratas para una casa editora. Mientras mejor es el diccionario, mayor seguridad de éxito. Pero los usuarios pocas veces pensamos en cómo se hace un diccionario, aunque intuimos sin equivocarnos que los diccionarios exigen a quienes los hacen un alto nivel de especialización.

Los más antiguos diccionarios son bilingües o multilingües pues responden a una antigua necesidad de los pueblos de distintas lenguas que entran en contacto. Los griegos llamaron “bárbaros” a los pueblos que tenían una lengua distinta de la suya; esta palabra, incluso en español de nuestros días, tiene resabios de la fonética griega, pues en el plano onomatopéyico, toda lengua distinta de la nuestra, suena a jerigonza, a un “brrr” ininteligible. Pero con esos bárbaros había que entenderse en distintos campos: guerrero, diplomático y religioso. Un diccionario para cubrir esas necesidades, es un libro bilingüe o multilingüe, un texto de equivalencias. Los diccionarios presuponen el descubrimiento de la escritura, el papel, y, en cierto sentido, de la imprenta. Esta cumple un papel decisivo en la elaboración de conocimientos, en la difusión de los nombres de ciertos autores y facilita por supuesto, la elaboración y la difusión de nuevos diccionarios.

Los diccionarios occidentales monolingües nacen en el siglo XVI y

están ligados a los intereses políticos de las potencias occidentales. El caso de España, que es el que más nos interesa, es paradigmático. El tomar conciencia de sí misma fue un largo proceso histórico jalonado de momentos culminantes como la expulsión de los árabes de Granada por Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, o en el campo de la cultura con los trabajos de Juan de Valdés y Antonio de Nebrija. Hernando de Acuña, en su poema más conocido, dirigido a Carlos V, pensaba que era llegada la hora de un monarca, un imperio, una espada. Se entendía entonces, aunque no lo dijo, que se trataba también de un idioma, el castellano o español. Han tenido que pasar muchos siglos para que ese orgulloso idioma de conquista aprenda, en manos de sus autoridades, a convivir plenamente con las otras lenguas con las que comparte territorios y con las que está en inevitable contacto. En 1611 el clérigo Sebastián de Covarrubias y Orozco escribió su monumental diccionario *Tesoro de la lengua castellana o española*. La obra, escrita con mucha gracia, si bien ha dejado de tener vigencia en lo que respecta a las etimologías, conserva una gracia, un empaque, una frescura literaria de tal índole, que se ha convertido en el diccionario más valioso entre los trabajos de Nebrija y el *Diccionario de Autoridades* publicado por la Real Academia Española en 1734, donde participó el peruano Diego de Villegas y Quevedo, redactando la letra “m”.

Aunque no es suficientemente subrayado hoy día, mucho debe la lingüística contemporánea a Ferdinand de Saussure. En el par *langue* y *parole*, lengua y habla, lo que la lexicografía destaca es el carácter social de la lengua. En cada estado sincrónico la lengua es un hecho social y no una colección de hablas. La lexicografía, una vez más lo ha recordado Luis Fernando Lara, es una de las disciplinas del estudio de la lengua y no una lingüística del habla. El producto de la lexicografía es el diccionario que circula socialmente y que se legitima en la arena pública. El lexicógrafo no utiliza un lenguaje científico, pues su propósito no es escribir para sus colegas, sino difundir definiciones, comprensiones de palabras entre legos. Por cierto esta tarea no es sencilla y hay una tradición filosófica que se le opone. En filosofía se ha tendido a distinguir entre los conceptos ideales o mentales y las expresiones verbales que les sirven de vehículo: los conceptos, en cuanto tales, tenían un conocimiento preciso de las cosas, en tanto que las expresiones verbales tienen la posibilidad de viciar la comunicación por su polisemia, su vaguedad y su posibilidad de mentir. Debemos, sin embargo a Ludwig Wittgenstein la afirmación de que “el significado de una palabra es su uso”. La lengua es un asunto de cultura y no es científica en sí misma. En español, por ejemplo, atribuimos astucia a las zorras, cobardía a los chacales y espíritu sanguinario a los tigres. Y eso

aparece en nuestras definiciones, en nuestras metáforas, en nuestras imágenes. Resumiremos lo dicho hasta aquí con una anécdota valiosa. En una ocasión el pintor Degas le dijo a Mallarmé, su amigo, que tenía muchas ideas en la cabeza para escribir poesía, pero que le faltaban las palabras. Mallarmé le contestó que la poesía se escribía precisamente con palabras y que no hay pensamiento sin palabras.

En el reciente Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española realizado en Medellín entre los días 24 a 27 de marzo se presentó ante toda la comunidad hispanoamericana el Diccionario Esencial de la Lengua Española que contiene 50,000 vocablos. Este diccionario ha sido redactado por un equipo de trabajo dirigido por Rafael Rodríguez Marín que ha contado con la asesoría de Rafael Seco, probablemente el más reputado lexicógrafo de la lengua española y ahora lo presentamos en Lima, como viene ocurriendo en todo el orbe hispanoamericano.

La técnica de hacer diccionarios se ha complejizado y es una disciplina particular dentro de las ramas de la lingüística. A la reflexión sobre este tipo de trabajos se le llama lexicología y la práctica se la llama lexicografía. Lo que está ocurriendo en español es que los principales diccionarios son consensuados entre las 22 Academias y eso es precisamente lo que pasa con este diccionario esencial. La tarea de concebir y escribir diccionarios es algo de nunca acabar, como ocurre en ese poema de Giovanna Pollarolo donde alguien pregunta “¿Dónde estuviste todos estos años?” y la respuesta fulminante es “limpiando mi casa y todavía no termino”.

Este diccionario esencial forma parte de la familia de diccionarios que prepara la Real Academia Española en colaboración con la Asociación de Academias de la Lengua Española, entre ellas la Academia Peruana de la Lengua. Vinculado estrechamente con el DRAE, el Diccionario de la Real Academia Española, su fuente principal documental es el Banco de Datos Académico y en particular el CREA, Corpus de referencia del español actual, que contiene 150 millones de registros del español europeo y americano, correspondiente a años posteriores a 1974. También se ha usado el CORDE, Corpus diacrónico del español, pero solo cuando datos posteriores a 1940 pudieron corroborar usos presumibles por otros medios. Los resultados se complementaron y se tomó también muy en cuenta el Diccionario del Español Actual de Manuel Seco, Olimpia, Andrés y Gavino Ramos.

Este nuevo diccionario es un compendio del DRAE, en su edición vigésimo segunda aparecida en 2001. Recoge, y esto es lo más importante, el léxico común y culto del repertorio mayor y prescinde por completo del

vocabulario cronológicamente desfasado, pero a diferencia del Diccionario Manual publicado anteriormente no solo suprime el léxico del español medieval o el que desaparece en las primeras décadas del siglo XX, sino que suprime muchas palabras que no tienen probado uso en nuestros días.

Las palabras seleccionadas se ha escogido una a una, basándose en testimonios documentales fiables. Este diccionario llamado esencial es el repertorio académico que más se aproxima a una obra dedicada en forma exclusiva al léxico hispánico general de nuestros días. Se ha reducido de manera significativa el número de acepciones con marcas geográficas americanas, españolas y filipinas. En los llamados coloquialismos y vulgarismos ocurre algo parecido. De las 14,000 acepciones de lengua coloquial y lengua vulgar que tiene el DRAE de 2001, el Diccionario Esencial recoge 4400 casos comunes a España y América. El léxico técnico ha sido consultado a especialistas de cada una de las áreas, arquitectura, filosofía, marina, etc. Lo mismo ha ocurrido en materias particulares como la música y el deporte. De las palabras que han perdido actualidad se mantienen aquellas que corresponden al léxico histórico y que están presentes en el uso de nuestro días como “balletero”, “santa hermandad”, pese a la falta de vigencia o desaparición de sus referentes. También se han reducido las palabras deducibles a partir de sus elementos constitutivos, pero sí se registran palabras como “conmemorable”, digno de conmemoración o “sumergible” I Adj. Que se puede sumergir. Reloj sumergible. II Nave sumergible.

Han desaparecido de este diccionario los derivados mecánicos de nombres propios como “horaciano” o “azoriniano”, salvo en los casos en que haya un significado distinto a lo obvio: “freudiano” o “kafkiano”. Los extranjerismos son tratados siguiendo las pautas del Diccionario Panhispánico de Dudas. Si la voz extranjera no se adapta fonética o morfológicamente al español, es aceptable en nuestro idioma, pero el diccionario prefiere “mercadotecnia” a “marketing” del inglés y recomienda “fuagrás” que es una adaptación del original francés. Hay palabras que no tienen sustituto preciso como “ballet”, “pizza” que se toman tal cual. Cuando hay propuestas innovadoras como “buldócer” frente a “buldózer”, el Diccionario Esencial no toma partido todavía.

El Diccionario Esencial emplea las definiciones del DRAE, pero las simplifica y, en ocasiones, las modifica. En muchos sentidos es un adelanto del Diccionario Académico que está en reparación y presenta más de 12,000 nuevos ejemplos muy útiles para establecer los límites semánticos entre acepciones consecutivas. En particular se ha generalizado la presencia de textos útiles en adjetivos y verbos transitivos con varias acepciones, cuando

la ausencia de contorno lexicográfico expreso, o la vaguedad de éste requería el uso de elementos auxiliares.

El Diccionario Esencial tiene apéndices interesantes sobre modelos de conjugación, voces extranjeras empleadas en español, elementos compositivos, prefijos y sufijos, ortografía.

Por lo dicho hasta aquí, resulta asombrosa una noticia aparecida en La Gaceta de Tucumán, Argentina, diario en el que aparece la lingüista Elelna Rojas Mayer, declarando a propósito del Diccionario Esencial. Ella comenta lo siguiente:

“Un día, en Valencia, yo estaba conversando con profesores de Lengua y dije: “una tranfer”. Ellos no me entendían y dije que era una combi o un trafic. Me dijeron que no sigiera dand sinónimos porque cada vez entendían menos, Ellos le llaman “minibús” Eso demuestra que a pesar de que yo estaba hablando con gente que se supone que conoce las distintas acepciones, en realidad no es así” Con esta anécdota, la decana de la Facultad de Filosofía y Letras Elena Rojas Mayer quiso reflejar cómo el uso del idioma varía en los países del mundo hispánico, al ser consultada por La Gaceta sobre la nueva versión del Diccionario Esencial.

“Si hubiera que suprimir lo que ha pasado de moda, la palabra “pollera” es un arcaísmo en España, pero para nosotros tiene plena vigencia. ¿Cómo sabemos que aquello que nosotros no usamos no se emplea en otros países? Aquí ya no se usa la palabra “biógrafo” como sinónimo de cine, pero tal vez se use en otro lado, añadió, poniendo en tela de juicio el criterio de selección que se utilizó, para el nuevo diccionario. Sin embargo reconoció que deberá examinarlo para opinar con mayor seguridad.

Si la profesora argentina hubiera hojeado las primeras páginas del Diccionario Esencial, tal vez hubiese reparado en el criterio general que no es el de incluir voces particulares, sino las comunes al los países que hablan español. Por otro lado, los ejemplos que propone son desafortunados. “Pollera” aparece en los sentidos que solicita, como una voz antigua usada en España, falda que las mujeres se ponían sobre el guardainfante y encima de la cual se asentaba la basquiña o la saya y está también el sentido americano de falda externa del vestido femenino. En la lógica de la profesora Rojas, los peruanos tendríamos que reclamar que para nosotros “pollera” es una falda larga, jamás diríamos “pollera” a una minifalda.

Terminemos con una anécdota: un niño consulta el significado de una palabra a su madre y ella le responde, en otras ocasiones vuelve a hacer preguntas sobre otros vocablos. La mujer le recomienda consultar el diccionario y le enseña a manejarlo. Al final el infante dice emocionado:

“Este libro es una maravilla. Están todas las palabras”. Y aunque eso no es cierto, cuando abrimos un diccionario tenemos la sensación de que hallaremos la palabra que buscamos.

Lima, 20 de julio de 2007